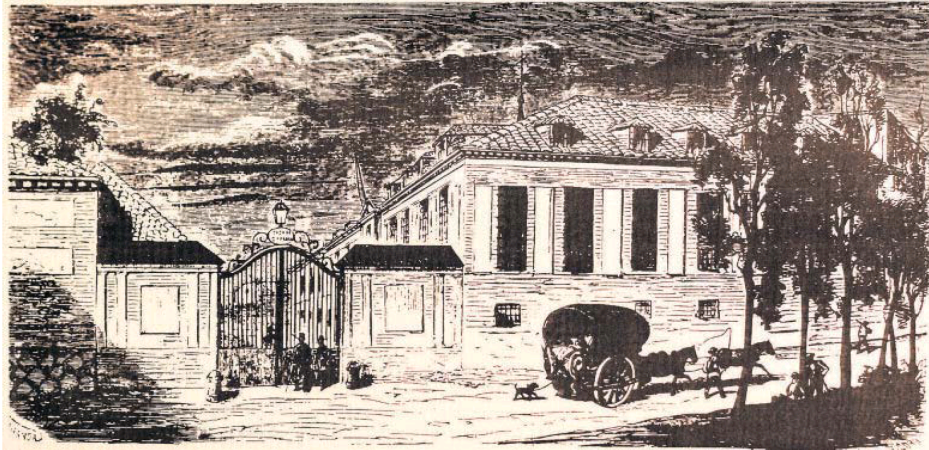


CULTURA



Grabado del psiquiátrico incluido en el libro *El manicomio de Leganés: la Casa de Dementes de Santa Isabel (1872)*, de Martínez Velasco.

Un libro recopila la correspondencia enviada durante un siglo por los enfermos de la Casa Santa Isabel de Leganés. Nunca llegó a su destino. Ahora ven la luz

Las cartas que no salieron del manicomio

CARMEN MORÁN BREÑA, Madrid

Los primeros enfermos mentales que ingresaron en la Casa de Santa Isabel, en Leganés (Madrid), debieron de llegar en carretas tiradas por caballos. Raimundo, un médico de Guadalajara, fue trasladado allí a los 47 años con otros 21 varones, en 1852, cuando las primeras mujeres habían ocupado ya el pabellón propio, con su departamento de agitados, "porque la agitación y el furor es más frecuente en el sexo femenino", se decía entonces. El centro se había inaugurado unos meses antes, acabada la restauración del antiguo palacete de la duquesa de Medinaceli, para desdengestionar las insalubres dependencias del hospital provincial de Madrid. Pero los tiempos no daban para mucho, ni en el orden moral ni tampoco en el material, y allí, en Leganés, a los que estaban enfermos y a los encerrados sin estarlo, les esperaban más camisas de fuerza, frío, hambre y penalidades sin cuento. Por lo menos a los pobres, que los pensionados tenían derecho a postre y a vestir con su atuendo habitual.

Todo ello quedó registrado en el antiguo archivo de la institución, donde aún están los informes médicos atados con cuerdas y las cartas desesperadas en las que los internos rogaban la salida de aquella cárcel a quien los quisiera oír. La pena es que nadie los escuchó, porque las misivas jamás llegaron a su destino. Los médicos les instaban a escribir como parte de la terapia y guardaban los papeles en el archivo, donde ahora ha rastreado un equipo de facultativos que ha permitido que aquellos lamentos salgan por fin a la calle, con nombres falsos, para incorporarse a un libro titulado *Cartas desde el manicomio* (Catarata).

Así que Anselmo no se llamaba Anselmo, pero sí era un brillante abogado que fue alcalde mayor en Cuba y catedrático de Derecho en la Universidad de La Habana hasta que, en 1846, empezó a mostrar síntomas de excitación maniaca con ansiedad y agitación "a consecuencia de un excesivo trabajo y del uso inmoderado de café", dice la historia clínica. Once años estuvo ingresa-



Los psiquiatras Olga Villasante, Paloma Vázquez de la Torre, Ana Consiglieri, Rafael Huertas, Ruth Candela y Raquel Tierno, junto a la verja del antiguo sanatorio, hoy también dedicado a la salud mental. / CARLOS ROSILLO

do en la Casa de Dementes de Santa Isabel, soportando cómo las monjas se divertían a su costa, según decía. "Ya ni voy a misa ni me acerco donde pueda encontrarla", dejó escrito. Sus cartas están redactadas con las facultades de un letrado y en un castellano de otros tiempos que mueve a la nostalgia de quien escribe en estos.

Olga Villasante, Ruth Candela, Ana Consiglieri, Paloma Vázquez de la Torre, Raquel Tierno y Rafael Huertas han recopilado las experiencias de aquel internamiento tal cual las relataban los enfermos, desde 1852 hasta 1952. Por esas letras se infiltra la sociedad española de la época, atravesada por epidemias, leyes de beneficencia, carencias de toda clase, reinas y reyes, dos repúblicas,

"¿Tú sabes dónde me has enviado?", le reprocha una esposa a su marido

Los facultativos les instaban a escribir como parte de la terapia

una guerra y una dictadura. Y también el día a día con sus usos y costumbres, los celos y los cuernos, la ausencia de derechos para las mujeres que pretendían burlar las normas sociales, males del matrimonio, deudas no pagadas, férrea moral católica, las madres privadas de sus hijos...

Una de las cartas más estremecedoras es la que firma Adela, tachada de mujer "infantil", tanto que, hasta la matriz, decía el ginecólogo, padecía de "infantilismo". Pues no le impidió casarse, con 19 años, ni tener cinco hijos. Después del segundo parto, un dolor en la zona ovárica le arrancaba gritos que el marido combatía con morfina hasta que suspendió las dosis y la acusó de derrochar en compras y de tener relaciones con un individuo, algo a lo

que ella achacó siempre el encierro decretado por el esposo. A él le ruega en sus cartas que le visite con los niños. "Te prometo no hablarte para nada de irme. Escribeme y dime de nuestros hijos. ¿Quién cuida de Rafaelin?, ¿quién hace las trenzas a mis niñas?, ¿y el brazo de Pepin?, ¿estudia Antoñito? Los tengo clavados en mi alma a los cinco y a ti. Anúlame de tu vida pero, ¡por dios!, déjame al lado de mis hijos". Rafaelin solo contaba tres meses y su madre tenía "los pechos llenos de leche" que no podía sacar y una "enorme colitis con dolores horribles". "¿Tú sabes dónde me has enviado? ¿tú tienes idea siquiera de lo que es un manicomio?", le reprochaba al marido.

Aquellas instituciones eran por entonces penosos encierros, para la mayoría, de por vida, donde unos pocos médicos y algunas monjas se ocupaban de más internos de los que podían. La escasez de recursos iba pareja con la insuficiente higiene. Hay constancia documental de la preocupación del alcalde de Leganés por el foco de infección que suponía el sumidero del manicomio, con olores insoportables y ratas a escasos metros de un colegio. Por no hablar de que, a juzgar por algunas cartas, no todos los que allí estaban parecen ser candidatos a un internamiento. "A lo largo de la historia se han visto muchos ingresos sin garantías. Pero es difícil decidir, leyendo sus cartas, si estaban enfermos o eran víctimas de algún malvado pariente o deudor, como relatan, porque esas manías persecutorias son frecuentes", dice la doctora en Medicina Olga Villasante, psiquiatra en el hospital Severo Ochoa de Leganés y coautora de este trabajo. Respecto a las monjas, pone Villasante paños calientes. "Sí, se quejaban de ellas tanto los médicos como los pacientes y es cierto que en todos los cuidados siempre hay un potencial abuso, pero ellas estaban siempre allí, no así los médicos, y se encargaban de todo". No debía de ser fácil, verdaderamente. Ahí quedan esas cartas para que el lector saque las conclusiones que su raciocinio le dicte.